

la exigencia de la sumisión va cediendo poco á poco. El cambio de sentimiento correspondiente al tránsito de la cooperación obligatoria á la cooperación voluntaria, no modifica sólo las relaciones de los ciudadanos entre sí, sino también sus relaciones con el gobierno: no se exige ya ni se siente el mismo grado de obediencia hacia él. La sumisión humilde deja de ser una virtud, y surge, en cambio, la virtud de la independencia.

La decadencia de la sumisión política y de la creencia en su carácter obligatorio, marchan á la par con una subordinación creciente á principios morales, con una conciencia más clara de la supremacía de estos últimos, y con el propósito de atenerse á ellos más que á las prescripciones legislativas. Los sentimientos promorales que estimulan á obedecer al gobierno se encuentran cada vez en mayor conflicto con los sentimientos morales que estimulan á obedecer á la conciencia. Esta última suscita una oposición creciente á las leyes contrarias á la equidad; y cada vez se comprende mejor que la coerción legal sólo es admisible en tanto que la ley sea salvaguardia de la justicia.

Claro es que, mientras siga siendo apremiante la necesidad de la subordinación política, no es fácil reconocer que la obediencia política constituye una virtud puramente transitoria; y mientras la necesidad apremie, seguirá en pie la autoridad ilimitada del poder gubernamental (si no el de un hombre, el de una mayoría). Mas, si por las pasadas mudanzas cabe colegir las futuras, bien puede inferirse que, en una fase avanzada de civilización, la esfera de la obediencia política se encerrará dentro de límites relativamente estrechos; y que, más allá de esos límites, la sumisión del ciudadano al gobierno parecerá tan meritoria como hoy el servilismo de un esclavo hacia su amo.

CAPÍTULO XI

El trabajo.

§ 167. Para comprender el origen y las variaciones de los sentimientos morales y pro-morales que en diversos tiempos y puntos han prevalecido acerca del trabajo, debemos fijarnos ante todo en ciertas distinciones fundamentales entre las esferas de la actividad humana y en sus relaciones con el estado social.

La industria, tal y como ahora la entendemos, apenas existe entre los hombres primitivos, y difícilmente puede existir antes de inaugurarse el estado pastoral y agrícola. El salvaje primitivo, que vive de los productos naturales, tiene que consumir sus energías principalmente en buscar y coger esos productos, algunos de los cuales, como los frutos y raíces, son fáciles de obtener, pero otros no se alcanzan sin dificultades y peligros, como los animales ágiles ó de gran tamaño. El resto de las energías lo absorbe un empeño más difícil y peligroso que la caza: la guerra con los semejantes. Por tanto, las ocupaciones del hombre ajeno á toda civilización pueden dividirse *grosso modo* en dos clases: las que requieren fuerza, valor y destreza en gran escala, y las que no requieren esas cualidades ó no las

exigen más que en una escala reducida. Y como en la mayoría de los casos la existencia de la tribu depende sobre todo de su fortuna en la guerra ó en la caza, se acaba por honrar la fuerza, el valor y la destreza, tanto por sí como por su importancia para la tribu. Al contrario, como la extracción de raíces, la recolección de frutos silvestres y la pesca de mariscos no reclaman fuerza, valor y destreza, ni contribuyen de una manera tan ostensible á la conservación de la tribu, esas ocupaciones son poco honradas ó relativamente desdeñadas. Una consecuencia viene á acentuar el contraste. Mientras el sexo fuerte es el llamado á consagrarse á las unas, las otras se relegan al sexo débil, á veces con la ayuda de vencidos ó esclavos: razón de más para que en las primitivas sociedades se honren las energías depredadoras y se menosprecien las ocupaciones pacíficas. Así, el sentimiento pro-moral condena, naturalmente, la industria, ó, por lo menos, lo que en un principio la representa.

Entre las aplicaciones de la actividad que pueden incluirse en el dominio de la industria, las únicas admisibles para los guerreros de la tribu son las que exigen la fabricación de armas y la construcción de *wigwams* ó chozas: la una, sobre relacionarse íntimamente con la guerra, supone también habilidad; y la otra requiere á la vez habilidad y fuerza, no la fuerza moderada que se emplea en una labor monótona, sino la gran energía que hay que desplegar de golpe en un momento dado. Y esas excepciones aparentes corroboran lo dicho: porque revelan de nuevo que las ocupaciones despreciadas son las que, por pedir relativamente poca energía, física ó intelectual, están al alcance de los inferiores.

El contraste iniciado así entre los sentimientos con

que se miraban esas clases de ocupaciones ha persistido durante el curso de los progresos humanos, atenuándose, sin duda, continuamente, pero en pequeñas proporciones. Mientras la propia conservación de las sociedades ha dependido, de una manera visible, de las energías que demandaba el éxito en la guerra, esas energías han gozado de gran predicamento, y la actividad industrial, por consecuencia, ha sido objeto de desestima. Sólo en tiempos recientes, sólo desde que el bienestar de las naciones pende más y más cada día de las fuerzas productoras, y desde que estas fuerzas superiores penden más y más á su vez de las supremas facultades intelectuales, se ha empezado á respetar otras ocupaciones que las guerreras, y á apreciar las aptitudes para el trabajo persistente y uniforme.

Con esta clave podremos comprender mejor la moral del trabajo en medio de sus mudanzas de pueblo á pueblo y de edad en edad.

§ 168. Los indios de la América del Norte nos suministran los ejemplos más claros y sencillos de los hábitos depredadores y de los sentimientos correspondientes. A propósito de los chippeuas, dice Schoolcraft (1):

«Siempre han mirado el uso del arco y de la flecha, de la maza y la lanza, como los ejercicios más dignos del hombre... Cazar bien y combatir bien, constituyen el objeto primero y último de sus esperanzas y de sus elogios á los vivos y á los muertos... Siempre han considerado como degradantes las labores agrícolas y las artes mecánicas.»

Sobre el indio culebra, escriben Lewis y Clarke (2):

(1) Schoolcraft: *Indian Tribes of the United States*. Filadelfia, 1851, v, 150.

(2) Lewis y Clarke: *Travels to the Sources of the Missouri*, 1884, pág. 308.

«Se estimaría degradado, si se le obligase á andar algún tiempo.» Una cosa parecida refiere Burton acerca de los dacotas (1):

«El guerrero, considerando que la caza es ya una buena parte de la maldición del trabajo, es tan perezoso, que jamás se resigna á levantarse para ensillar ó desensillar su caballo. Es tan difícil de someter al trabajo, como un animal salvaje: preferiría morir á trabajar honradamente.»

Los iroqueses, pueblo más civilizado, manifestaban también el sentimiento primitivo: «El guerrero despreciaba las faenas agrícolas y reputaba todo trabajo como cosa inferior á él (2).» Hasta los pacíficos esquimales demuestran, según se dice, la misma aversión (3).

«Caza y pesca; pero cuando ha puesto en tierra su botín, no vuelve á ocuparse de él: sería un baldón que sacase siquiera una foca del agua.»

Quizá existe en favor de esta costumbre la razón que alegan los chippeuayanos para que «cuando los hombres matan un animal grande, siempre se encarguen las mujeres de llevarlo á la tienda (4)»; á saber: que la caza, en tierra ó mar, es sumamente fatigosa.

Pasando á la América del Sur, encontramos hechos de análoga significación. En las tribus de la Guayana, los hombres no hacen más que despejar terreno para el cultivo: permanecen «tumbados indolentemente en sus hamacas hasta que las necesidades de su familia los obligan á pescar ó les imponen el ejercicio más vio-

(1) Burton: *City of the Saints*, pág. 126.

(2) Morgan: *League of the Iroquois*, pág. 329.

(3) Crantz: *History of Greenland*, 1820, I, 154.

(4) Hearne: *Journey from Prince of Wales' Fort*. Dublin, 1796, pág. 90.

lento de la caza (1)». Entre los araucanos, pueblo guerrero, pero agrícola (sin duda por los pocos recursos que el país ofrece para la caza), «el amo y señor apenas hace más que comer, dormir y pasearse á caballo (2)».

Según demuestra expresamente el último testimonio, é implícitamente los anteriores, el egoísmo, no moderado aún en las primeras edades por el altruismo que engendra el trato social amistoso, lleva á los hombres á cargar sobre las mujeres todas las ocupaciones monótonas y fatigosas, que no ofrecen el incentivo de una proeza. El «amo y señor» hace lo que le place é impone á su mujer (ó á sus mujeres, caso de ser varias) todo el trabajo ingrato y penoso. De ello existen infinidad de pruebas. Por lo que atañe á América, nos las ofrecen los relatos acerca de los chippeuayanos (3), de los criks (4), de los tupis (5) y de los patagones (6). Ejemplos:

«Esa penosa faena (arrastrar los trineos) pesa sobre las mujeres. Nada subleva más los sentimientos de una persona acostumbrada á la vida civilizada que contemplar su estado de degradación.

»Las mujeres hacen todas las faenas de la casa y del campo. De hecho, no son más que esclavas de los hombres.

»Cuando los indígenas levantaban el campamento, utilizaban á las mujeres como bestias de carga. Ellas

(1) Brett: *Indian Tribes of Guiana*, pág. 27.

(2) Smith: *The Araucanians*. Nueva York, 1855, pág. 214.

(3) Cap. Franklin: *Journey to the Shores of the Polar Sea*, 1828, pág. 161.

(4) Schoolcraft: *Indian Tribes of the United States*, v, 272.

(5) Southey: *History of Brazil*, 1810, I, 250.

(6) Falkner: *Description of Patagonia*. Hereford, 1774, página 125.

llevaban las hamacas, las marmitas, los morteros de madera, todo el ajuar, en suma.»

La vida de las mujeres de los patagones es «un trabajo continuo... Exceptuando la caza y la guerra, ellas lo hacen todo».

He aquí también testimonios de los viajeros de Africa sobre los hotentotes (1), los bechuanas (2), los cafres (3), los ashantis (4), los naturales de Fernando Poo (5) y los del Níger inferior (6).

La mujer «tiene que buscar y preparar el alimento» para el marido, «para ella y para los hijos, y correr con todas las atenciones y faenas de la casa, sin dejar por eso de tomar parte en la guarda del ganado».

«Las mujeres construyen las casas, siembran y reco-gen el trigo, van á buscar el agua y el combustible, y guisan la comida. Es rarísimo que los hombres las ayuden, ni aun en las faenas más penosas.»

«Aparte los quehaceres domésticos, la mujer tiene que cargar con todos los trabajos rudos: es el buey de su marido, como me decía una vez un cafre: «¿La ha comprado uno? Pues tiene que trabajar.»

«Es de notar que los trabajos más pesados corres-ponden comúnmente á la mujer, á quien se ve «mo-ler en el molino, tratar en el mercado ó cultivar la plantación.»

«A las mujeres de Fernando Poo se les asigna una buena parte de trabajo, como plantar y recoger el ñame... pero se las trata con más consideración y bon-

- (1) Kolben: *State of the Cape of Good Hope*, 1731, I, 159.
 (2) Burchell: *Travels in the Interior of South Africa*, II, 564.
 (3) Shooter: *The Kafirs of Natal and the Zulu Country*, 79.
 (4) Beecham: *Ashantee and the Gold Coast*, pág. 129.
 (5) *Journal of the Ethnological Society. London*, 1850, II, 114.
 (6) Allen y Thomson: *Expedition to the Niger in 1841*, I, 396.

dad que en todas las partes de Africa visitadas por nosotros.»

«A orillas del Níger inferior suele emplearse á las mujeres en el comercio menudo con los países del contorno; hacen también una buena porción de las faenas rudas, sobre todo de las agrícolas.»

Entre estos pasajes, es de advertir que los últimos, referentes á pueblos más adelantados y que ejercen industrias más desenvueltas, denotan que en tales pueblos es menos acentuada la esclavitud de la mujer.

El descrédito que en las edades primitivas pesa sobre el trabajo en atención á que pueden hacerlo las mujeres, es decir, seres incapaces ó juzgados incapaces para la guerra y la caza, aumenta por el hecho de ocuparse en él también vencidos y esclavos, esto es, hombres que de una ú otra manera han dado pruebas de inferioridad. Así, en fases muy primitivas, vemos emplear á veces los esclavos en ocupaciones extrañas á la caza y á la guerra, y enojosas para los amos. A propósito de los chinuks (1), leemos que «todos los trabajos fatigosos los hacen esclavos», á veces con la ayuda de mujeres. Anderson dice:

«Los damaras son holgazanes. Lo que no hacen las mujeres se lo encargan á los esclavos, que ora son descendientes de miembros empobrecidos de su propia tribu... ora cautivos buchmanos (2).»

Describiendo á los indígenas de Embomma, ribe-ños del Congo, escribe Tuckey (3):

«El cultivo del suelo es incumbencia exclusiva de los esclavos y de las mujeres, incluso las de los prin-cipes y las hijas del rey, que se ocupan en él constan-

- (1) Ross: *Adventures on the Oregon*, pág. 92.
 (2) Anderson: *Lake Ngami*, pág. 231.
 (3) Tuckey: *Expedition to the Congo*, 1818, pág. 120.

temente.» Burton (1) dice que en Dahomey se desprecia la agricultura «por ocuparse en ella esclavos»; pero una gran parte de las faenas parece que la hacen las mujeres. Y respecto á los mishmis (2) de Asia, se lee también que «todo el cultivo lo hacen las mujeres y los esclavos».

Es, pues, natural, y aun puede añadirse que inevitable, que en esas etapas primitivas surja una honda prevención contra el trabajo—un sentimiento pro-moral que lo condena.—Cómo ese sentimiento pro-moral, sancionado por usos tradicionales, afecta diversos caracteres según las diversas costumbres que el medio determina, revélanlo multitud de testimonios. Así, leemos:

«Los buchmanos son enemigos jurados de la vida pastoral. Algunas de sus máximas aconsejan vivir de la caza ó del saqueo (3).»

«Los árabes puros desdeñan el cultivo, como ocupación que los degradaría (4).»

En cuyos ejemplos, y en tantos citados ya, puede verse cómo un género de vida proseguido durante mucho tiempo, determina un conjunto de sentimientos y de ideas en correspondencia con él. Diversos casos anormales ponen de relieve la fuerza de las preocupaciones que perpetúan costumbres tradicionales de esa índole. Livingstone (5) nos dice de los pueblos del Africa oriental:

«En las tribus que poseen ganado, las mujeres

(1) Burton: *Mission to Gelele, King of Dahomey*, II, 248.

(2) Cooper: *The Mishmee Hills*, 1873, pág. 207.

(3) Sparrman: *Voyage to the Cape of Good Hope*, 1785, I, 198.

(4) Niebuhr: *Pinkerton's General Collection of Voyages*, I, 131.

(5) Livingstone: *Expedition to the Zambesi*, pág. 67.

labran la tierra, plantan el trigo y construyen las chozas. Los hombres se están en la vivienda cosiendo, hilando, tegiendo, charlando ú ordeñando las vacas.»

Más rara es aún en Abisinia la división del trabajo entre los sexos. Según Bruce (1):

«Para un hombre es una deshonra ir á comprar nada al mercado. El hombre no puede acarrear el agua ni cocer el pan; pero tiene que lavar la ropa perteneciente á ambos sexos, y en esa función no puedan prestarle ayuda las mujeres.»

En la descripción que hace Cieza (2) de algunos antiguos peruanos—los cañaris—encontramos un sistema parecido: las mujeres son grandes labradoras, porque ellas cavan la tierra, hacen la siembra y recogen la mies, mientras que los maridos permanecen en la casa cosiendo, tegiendo, adornándose sus prendas de vestir y ocupándose en otros quehaceres femeninos... Algunos indios dicen que eso se debe á la escasez de hombres y á la gran abundancia de mujeres.

Tales anomalías nacieron quizá, cuando, disminuyendo la necesidad de las empresas violentas, á favor de las circunstancias, y bastando el trabajo de las mujeres para las exigencias de la producción, los hombres pudieron llevar una vida ociosa ó dedicarse á ocupaciones fáciles. Bien puede asegurarse que en los pueblos bárbaros, los hombres no se entregaron á una labor penosa y monótona sino cuando á ello se vieron constreñidos.

§ 169. Pero allí donde no comprimía el desarrollo de la población un estado crónico de guerra, el incremento de los habitantes hizo preciso que los hombres

(1) Bruce: *Travels to discover the Sources of the Nile*, 1804, IV, 474.

(2) Cieza de León: *Viajes*, 1532-50, cap. 44.

se consagrasen á producir; y con esa mudanza en la vida social se inició una mudanza en los sentimientos pro-morales respecto al trabajo. Los konds nos proporcionan un ejemplo (1):

«Consideran depresivo para su dignidad todo tráfico ó comercio... y miran como gente baja y plebeya á todos los que no son guerreros ó labradores.»

Sobre los javaneses (2), nos dicen:

«Desprecian el comercio, y los personajes de alto rango consideran deshonoroso su ejercicio; pero la gente del pueblo se halla siempre dispuesta á entregarse á los trabajos agrícolas, y los jefes á honrar y fomentar la agricultura.»

Sabemos por varias fuentes que las tribus germánicas, así en su primitiva residencia como en los territorios que invadieron, se reconciliaron con el cultivo, alternándolo con la caza y el merodeo, sin duda, porque ninguna otra ocupación bastaba para obtener el necesario sustento.

Sobre estos y otros períodos análogos de transición pueden aventurarse dos observaciones. La primera es que, como la industria, y sobre todo la industria agrícola, es al principio incumbencia de esclavos y de mujeres que trabajan bajo una autoridad superior, cuando los hombres libres se ven obligados á trabajar á causa de la carencia de sustento, sienten gran repulsión á hacerlo por cuenta de otros, es decir, á alquilar su labor, porque el trabajo por contrato bajo una autoridad se asemeja demasiado al trabajo impuesto por la fuerza. Schomburgk (3), después de pintar á los caribes como

(1) General Campbell: *Thirteen Years' Service in Khondistan*, 1864, pág. 50.

(2) Raffles: *History of Java*, 1817, I, 246.

(3) Schomburgk: *Reisen in Britisch Guiana*, II, 427-8.

la raza más laboriosa de la Guayana, añade que sólo la extrema indigencia puede hacer que un caribe se humille á trabajar mediante salario por un europeo. Con igual ó mayor fuerza revelan ese mismo sentimiento ciertos pueblos pacíficos para quienes la subordinación es cosa poco familiar ó desconocida. Hablando de la región Sudeste de la India, dice Lewin (1):

«Entre las tribus de las montañas no se conoce el trabajo asalariado; cada cual trabaja para sí. En 1865 hubo que abrir un camino en ese distrito, y aunque se ofrecieron salarios fabulosos, la población montañesa se negó enérgicamente á trabajar.»

Y más acentuada es aún la aversión de los laboriosos sonthales á toda labor impuesta (2):

«El sonthal no se pone nunca al servicio de nadie: no quiere trabajar más que para él y su familia. Si se intenta obligarle, abandona el país ó se interna en la espesura; y allí, olvidado y seguro, empieza á desbrozar un trozo de terreno y á construirse una choza con troncos de árboles.»

La segunda observación es que el menosprecio del comercio, coexistente al principio, como hemos notado, con la estima de la agricultura, se debe quizá al hecho de ser ejercido en su origen, principalmente, por hombres no sedentarios, miembros dispersos y poco seguros de una comunidad donde la mayoría de los restantes individuos tenían posiciones estables. Pero el desarrollo del comercio modificó poco á poco esa apreciación. Así como las tribus cazadoras desdeñaban la agricultura, cuando no era esencial para ellas, pero empezaban á respetarla cuando llegaba á ser medio indispensable de vida, así también el comercio,

(1) Lewin: *Wild Races of South Eastern India*, 90 y 91.

(2) Sherwill: *Journal of Asiatic Society. Bengal*, XX, 554.

que al principio no era esencial (porque la mayoría de las cosas esenciales se hacían en la casa), carecía de la sanción de la necesidad y de la costumbre hereditaria; pero conforme fué creciendo su valor, dejó de excitar poco á poco el sentimiento pro-moral que se revela en el menosprecio.

§ 170. El desarrollo de sociedades populosas y el acicate, más poderoso cada vez, de las exigencias de la agricultura, no fueron parte durante mucho tiempo para que se reconociese el valor del trabajo, y eso por las razones ya indicadas: porque corría de cuenta de esclavos ó de siervos, ó, en épocas posteriores, de hombres más ó menos inferiores, física ó espiritualmente. El pensamiento asociaba ambas cosas de una manera íntima, y la repugnancia natural al trabajo se fortificaba con la creencia de que su ejercicio era una confesión de inferioridad.

Aunque las literaturas de las antiguas sociedades civilizadas insisten sobre el deber del trabajo, la mayoría de las veces parece que se habla del deber de los hombres dependientes. El precepto contenido en el *Código de Manú* (1): «Haz todos los días el trabajo señalado que te corresponde», se refiere necesariamente á hombres sometidos á una autoridad: las palabras «trabajo señalado» implican un amo. Así también, según el *Libro de los Muertos* (cxxxv) (2), el egipcio, al ser interrogado después de morir, debía declarar: «No he sido perezoso» y «no me he remoloneado ni he perdido el tiempo». Del tenor de esta última frase bien puede inferirse que esa labor diligentemente hecha era labor mandada. Lo mismo puede aplicarse á los hebreos.

(1) Manú, iv, 238, en William: *Indian Wisdom*, pág. 285.

(2) Bunsen: *Egypt's Place in Universal History* (trad. de Cotrell), v, 254-255.

Si se recuerda que, siendo originariamente un pueblo pastoral, siguieron mirando durante mucho tiempo la guarda de ganados como ocupación relativamente noble (al modo de los árabes de hoy que, cuando no andan de saqueo, no encuentran más quehacer digno que apacentar sus rebaños), podemos colegir que la obligación de trabajar pesaba principalmente sobre servidores ó esclavos, siendo generalmente esta última palabra la más propia. Aunque el tercer mandamiento se aplica á los amos lo mismo que á los criados, y aun suponiendo que el origen de los mandamientos fuese indígena, el hecho de que la vida era aún principalmente pastoral implica que el trabajo de que se habla era pastoral, y no manual. Cierto que en la leyenda de la condenación de Adán la maldición del trabajo pesa sobre todos sus descendientes; pero, en primer término, tenemos buenas razones para suponer que esa leyenda es de origen babilónico, y, en segundo término, según se desprende de las investigaciones modernas, los adami, raza negra, eran esclavos, y comer ellos del fruto prohibido, reservado á la raza superior, era una transgresión punible: bien así como el comer coca en el antiguo Perú estaba reservado á la clase de los incas. Es muy posible, por consecuencia, que también entre los hebreos se impusiese el deber de trabajar á hombres inferiores más que á las personas como tales. En la literatura persa se ve una idea más clara de la dignidad del trabajo independientemente de sus condiciones. Se dice, por ejemplo: «El que siembra semillas es tan grande á los ojos de Ormuz como si hubiese dado la existencia á un millar de criaturas.» Y en los *Parsis*, de Dosabhoy Framji (1),

(1) Albitis: *The Morality of all Nations*, 1850, pág. 21.—Framjee: *The Parsees*, pág. 48.

leemos que «la religión de Zoroastro exhorta á ganar el pan con el sudor de la frente».

§ 171. Los pueblos de Europa, desde los primeros días hasta nosotros, ofrecen ejemplos de esta relación entre el tipo de actividad social y el punto de vista reinante á propósito del trabajo.

Tenemos por el pronto el ejemplo de los griegos. Platón manifiesta su sentir acerca de los comerciantes, diciendo que el legislador los pasa en silencio, mientras que por los agricultores demuestra todo el respeto que implica el darles leyes; y aún acentúa más en la *República* su desdén hacia todos los productores y agentes de distribución, comparándolos á lo más bajo del organismo individual. Semejantes son la creencia y el sentimiento que expresa Aristóteles cuando dice: «Es imposible que el que hace la vida de un artesano ó de un servidor asalariado haga vida virtuosa (1).»

Y no pasaba otra cosa más al Occidente. En el mundo romano, con su organización militar persistente y activa, era mayor cada vez la degradación de las clases no guerreras, esclavos y libertos. Y al través de «los siglos de tinieblas» que sucedieron á la brutal civilización de Roma, así como al través de aquellos otros de perpetuas guerras que condujeron á la fundación de grandes reinos estables, continuó subsistiendo ese menosprecio hacia el trabajo, así físico como intelectual; porque no se desdeñaba sólo la labor, tosca ó hábil, del artesano, sino la labor intelectual del hombre de cultura. Sólo á medida que la guerra dejó de ser el único objeto de la vida para todos los que no pertenecían á las clases subyugadas, y sólo cuando estas últimas, á favor de su desarrollo, ejercieron más amplio influjo en la

(1) Aristóteles: *Política*, lib. III, cap. IV.

formación de la opinión, empezó á estimarse en cierta medida la dignidad del trabajo: hasta entonces, si las clases gobernantes le tributaban elogios, era por el convencimiento de que contribuía á su bienestar.

En nuestros días, especialmente entre nosotros y los norteamericanos, el elemento industrial se ha sobrepuesto hasta tal punto al militar y ejerce tal predominio en la formación de los sentimientos y de las ideas referentes al trabajo, que casi los ha invertido. Ciertamente que aún se mira con algún desdén el trabajo rudo, como signo de inferioridad de inteligencia y de posición social; cierto que la labor del artesano, aunque más considerada por las superiores facultades que implica, lo es poco por la clase á que se asocia; sin embargo, el trabajo intelectual ha conquistado un puesto honroso en la época contemporánea. Pero el hecho que debe notarse principalmente es que, con los progresos de «industrialismo» hacia la conquista de la supremacía social, se ha generalizado la convicción de que es un deber imperioso tener una ocupación útil cualquiera. La «ociosidad del rico» la condenan hoy los mismos ricos.

Hay que advertir, con todo, que aún sobrevive el añejo sentimiento entre los representantes del antiguo *régimen*—los oficiales del ejército y la marina;—de donde resulta que, entre los individuos de su seno, los que poseen una cultura más elevada—los médicos militares y de marina y los oficiales de ingenieros—se estiman de inferior nivel á los demás, y son tratados oficialmente con menos consideraciones.

§ 172. En este capítulo, como en todos los precedentes, vemos que las concepciones morales, ó más bien pro-morales, son determinadas por las diversas formas de la actividad social. Las formas que conducen

visiblemente al bienestar común despiertan sentimientos de aprobación, y á la inversa; resultando á la postre que llega á asociarse á las mismas la idea del bien, y la idea del mal á su falta.

De ahí el contraste que se observa, desde los tiempos más remotos hasta hoy, entre el descrédito del trabajo en las sociedades exclusivamente guerreras y su predicamento en las total ó relativamente pacíficas. Ese contraste se revela elocuentemente en el de las ceremonias con que se celebra el advenimiento de un jefe.

En el acto de proclamar un jefe ó coronar un rey en pueblos no civilizados y guerreros, siempre figuran armas: ya se le levanta sobre un escudo sostenido en hombros de individuos de su séquito, ya se le ciñe la espada y se le entrega la lanza. Y como en la mayoría de los casos las sociedades relativamente pacíficas han conservado en sus tradiciones el ceremonial de su época exclusivamente guerrera, rara vez faltan símbolos de ese linaje al advenimiento de un jefe supremo. No obstante, una tribu de Africa, citada ya, nos ofrece un ejemplo notable de ausencia de esos signos: la tribu de los manansas (1) que, recluida en una región montañosa por las tribus guerreras circunvecinas, se ha dedicado completamente á la agricultura, y dice: «A nosotros no nos hace ninguna falta la sangre de los animales; menos tenemos para qué desear la de los hombres.» En esa tribu, según Holub, el nuevo soberano recibe á guisa de presentes un poco de arena, piedras y un martillo, «como símbolos de la industria y el trabajo».

Nos falta llamar la atención sobre un hecho en que importa fijarse. De los sentimientos pro-morales que

(1) Holub: *Seven Years in South Africa*, II, 211.

sancionan y acreditan el trabajo surge en su día el verdadero sentimiento moral. Este no prescribe el trabajo sólo por sí, sino como consecuencia del deber de procurarse cada cual su sustento, en vez de esperarlo de otros. La virtud del trabajo consiste esencialmente en la realización de los actos indispensables para proveer á nuestra subsistencia, así como á la de los seres que dependen de nosotros, y para cumplir nuestros deberes sociales; mientras que el carácter vergonzoso de la ociosidad estriba esencialmente en el hecho de tomar del fondo común los medios de vivir, sin hacer nada por aumentar ese fondo ni contribuir de ninguna otra manera á la felicidad de los hombres.